

...Y NOS VOLVEMOS A ENCONTRAR

Álvaro Ochoa Serrano
Coordinador



73072

EL COLEGIO DE MICHOACÁN
CENTRO DE INVESTIGACIÓN
Y DESARROLLO
DEL ESTADO DE MICHOACÁN

...Y NOS VOLVEMOS A ENCONTRAR
MIGRACIÓN, IDENTIDAD Y TRADICIÓN CULTURAL

Álvaro Ochoa Serrano
Coordinador



El Colegio de Michoacán



Centro de Investigación y Desarrollo
del Estado de Michoacán

ÍNDICE

Y volvemos a encontrar...	9
Siete etapas de la migración México-Estados Unidos <i>Luis González y González</i>	15
Emigrantes e inmigrantes <i>Juan Gómez Quiñones</i>	21
Los mil rostros del monstruo: la discriminación <i>Eugenia Revueltas</i>	27
Diásporas mexicanas en la “novela” chicana, 1959-1996 <i>Roberto Cantú</i>	35
Músicos chicanos y la experiencia de “transetnicidad” <i>Steven Loza</i>	53
La identidad como práctica de la tradición <i>Agustín Jacinto Zavala</i>	63
La migración paremiológica a los Estados Unidos <i>Herón Pérez Martínez</i>	85
Lenguas migrantes <i>Frida Villavicencio</i>	107
Mestizaje cultural, revisión de un tópico <i>Francisco Miranda Godínez</i>	123

Jiquilpan de Juárez, de Lázaro Cárdenas y de los migrantes <i>Álvaro Ochoa Serrano</i>	131
¡Vámonos de “trampa”! La experiencia del migrar en ferrocarril <i>Juan Gallardo Ruiz</i>	141
Migración ilegal de mujeres de la comunidad de Cherán hacia los Estados Unidos <i>Ana María Ramírez Herrera</i>	153
Migración, identidad y ciudadanía en el México contemporáneo <i>Jesús Martínez Saldaña</i>	163
Las tradiciones que se van, las tradiciones que se quedan <i>Carlos Monsiváis</i>	199
Índice de nombres	213
Índice de lugares	219

JIQUILPAN DE JUÁREZ, DE LÁZARO CÁRDENAS Y DE LOS MIGRANTES

Álvaro Ochoa Serrano*

SAN FRANCISCO JIQUILPAN,

emigrado de origen, ha tenido sus ratos y gustos de distinción. Esta cualidad se advierte en el asentamiento pre-ladino y disperso de El Otero y la Casita de Piedra; en la congregación colonial cercana a la Laguna de Chapala; ya como pueblo cósmico independiente; también, en la traza liberal y porfiriana; mucho se notó durante la vivencia cardenista y jacarandosa, y en la imagen que están forjando los norteños, en ida y vuelta, y sus familias próximas.

Crónica e históricamente está inmerso en el mestizaje trino, resulta de los que estaban, los que llegaron y los que fueron traídos para conformarse en la región Chapálica. En ella y durante muchos ayeres, Jiquilpan tuvo de referente a Guaracha, la poderosa hacienda, desde la colonia, cuando sus dueños –según pormenor de Luis González–, se echaban sobre las tierras indias inmediatas y los esclavos afrodescendientes, sobre las mujeres; la hacienda y los suyos sirvieron de punto ofensivo y, en la respuesta, resistencia insurrecta; fue piedra en los tropiezos ya en la vida nacional, hasta la revolufia, el reparto agrario y el control campesino cardenista.

Pasada la marcha agrarista, en un portal mirando al septentrión de la carretera nacional México-Morelia-Guadalajara se aborda la migración jiquilpense. Los antecedentes del camino al norte se remontan muchos años atrás. El despunte comenzó hace un siglo, cuando varios hombres salieron en busca de oportunidades a Estados Unidos. Hoy se oyen familiares las noticias de Lennox, Inglewood, Compton, Stockton, Chicago.

* El Colegio de Michoacán, CET.

Hace tres decenios, la canción de *Jiquilpan en marzo*, obra de Roberto Villaseñor Tico y escuchada allende la frontera, inspiró el primer borrador de una historia confinada. También, como cualquier hijo de vecino, ausente de la patria, Javier Gálvez cantó

qué lejos estoy de ti;
la suerte lo quiso y vivo alejado
de ti, pueblo en que nací.

Si bien de corrido, el presente ensayo deambula entre particularidades, e inclusive, anda en busca de pequeñeces. Avisados,

YA SE VA LA MIGRACIÓN

y se va por vía ligera. Debe relatarse que todo empezó desde la misma radicación pre-ladina. El Jiquilpan del actual Jalisco, enclavado en la cuenca de Sayula, marcó uno de los rumbos del michoacano. Atraídos por el trajín purépecha, se sabe que Nox o Noxtli, “Indio principal, natural del pueblo de Amula”, fundó el nuevo asentamiento, acá de este lado. En Amula se decía que “antiguamente tenía mucha más cantidad de gente y que se han ido a vivir a otros pueblos, antes de que hubiera orden de cuenta”. Más o menos nueve años antes de la conquista española, Francisco Nox estableció un asentamiento en suelo semejante, con mil doscientos hombres nahuahablantes, traídos en su mayoría de la región de Amula. Más tarde llamarían Jiquilpan el Grande al nuevo caserío para distinguirlo del sayulteco que le aportó, en parte, pobladores, lengua y costumbres.

... Y más tarde llegó el español, antecedido de cometas y augurios. Después de la caída y toma de Tenochtitlan en 1521, el conquistador Hernán Cortés recibió en Coyoacán la visita de los enviados del irecha purépecha, mandados ya por miedo o por su voluntad. A su vez y para quitarse la presión, Cortés despachó a varios de sus seguidores a buscar oro a las provincias de Michoacán, Sayula y Tamazula.

Se sabe ciertamente por la *Relación de Xiquilpa y su partido*, según testimonio declarado por los testigos del momento, que Cristóbal de Olid descubrió y conquistó “este dicho pueblo.” Cortés mandó a Antonio de Carva-

jal, a mediados del año siguiente, para que verificara e inspeccionara mejor los pueblos pacificados. El capitán Carvajal retornó a México en 1524, llevando la relación de pueblos cabeceras y sujetos, viviendas y número de habitantes; en fin, contaba con la medida tributaria de cada lugar y de su gente.

Hernán Cortés inició el reparto oficial de encomiendas en los territorios occidentales que estuvieron bajo el dominio purépecha. La encomienda fue la primera forma de control de la población conquistada en el nuevo régimen y sólo implicaba el usufructo de la mano de obra indígena por parte del encomendero. Cortés tomó para sí Amula, Tamazula, Tuxpan, Zapotlán, Mazamitla, Tiripetío, Naranja, Tzintzuntzan, Huaniqueo y Taximaroa, pueblos que “le sirvieron algún tiempo”; otro tanto dio a sus primos Hernando Saavedra y Alonso de Ávalos, quedando casi todas entre familia. Mas hubo modificaciones en las formas de control y de organización en todo el territorio conquistado. La corona española instituyó la Audiencia, pero los enemigos políticos del Marqués, lejos de oír e impartir justicia, maniobraron la primera, y algunas de las encomiendas citadas cambiaron de manos y otras las pusieron en la real corona.

Por otra parte, la corona quitó Xiquilpa a los pueblos de Ávalos para entregárselo a Leonardo de Villafeliz, otro inmigrante español llegado en 1514, en la expedición de Pedro Arias de Ávila y luego incorporado en el equipo de Narváez. La encomienda duró muy poco tiempo en poder de éste, pues el tal Leonardo quiso despojar a los naturales de sus tierras y sembradas. La encomienda consistía en aprovechar la fuerza de trabajo nativa y nada más. El pueblo después se transfirió a Juan de Cuevas, conquistador participante “en la pacificación de Mechoacan hasta Colima y los pueblos Dávalos.” Pero la trocó por la encomienda de Cuitláhuac antes de 1535, quería “estar ausente e retener sus indios.” El pueblo pasó de nuevo al control directo de la corona real.

Por lo pronto, el control inmediato sobre vasallos y bienes indígenas quedaba en manos de caciques o principales de los pueblos; se cuenta de Acusa en Xiquilpa (sucedió en el mando al mencionado Francisco Nox). Esa situación prevalecía, no ajena a los pleitos de facciones en el grupo de conquistadores. Eso, sin contar las resistencias locales. La visita del bachiller Juan de Ortega, en la primavera de 1528, reveló tal circunstancia. En esos años se habían levantado “los de Chilchota y otros pueblos que mataron algunos españoles” y noticias posteriores refirieron que “sobre ello fueron

bien castigados”. En medio de esa situación, se produjo el maltrato de Leonardo a sus encomendados, por ello los habitantes de Jiquilpan-Huanimban se remontaron un rato a los pueblos de Ávalos, a los antiguos solares de Amula, en donde se hallaba el viejo Jiquilpan.

Posterior a la visita de Carvajal, un año o dos, entraron los religiosos franciscanos. Tanto la conquista como la evangelización del ex-reino purépecha o tarasco fincaron las bases de la organización política y eclesiástica de la región. Cada quien, tanto la corona española como la iglesia católica, rezaría para su santo. Cerrada la primera etapa peregrina, los franciscanos establecieron conventos en territorio de Michoacán. Tarecuato estuvo a la mano.

Ya en 1539 se empezaba a fincar el convento de Jiquilpan, según traza de fray Juan de San Miguel. El convento tenía dos religiosos. Antes, la segunda Audiencia, en manos sabias y prudentes, había determinado poner muchos pueblos de encomenderos “en servicio de la Real corona”, como Jiquilpan. Los religiosos se encargaron de acercar a los habitantes. El nuevo patrón de asentamiento sería una mezcla entre el disperso mesoamericano y el modelo centralizado hispano, tomando elementos de los antiguos centros ceremoniales. Pesó más la disposición española. Sobre todo, pensado en terreno plano con espacio abierto al norte.

En 1545, según la *Suma de Visitas*, Xiquilpa no pasaba de ser “pequeño y de poca gente”; tenía dos barrios (pueblos) sujetos y no rebasaban las ciento sesenta y seis casas pobladas con setecientas setenta y dos personas, sin contar los niños. Aquí conviven los purépecha y los de habla nahua; entre éstos quienes procedían del viejo Jiquilpan. Como fuera, todos circulan forzados a una nueva economía monetaria y de mercado, y también al mundo de papeles. Se introduce la novedad del título, el papel que legitima la posesión de la tierra. La corona no perdona la obligación del pago de tributo. Por la tasación de recursos, cada cuarenta días la gente de Jiquilpan tributaba a los reyes de España cuarenta mantas de dos brazas y tres palmas de largo y tres varas de ancho. Para esos años, la corona había establecido el virreinato de la Nueva España, con un virrey, jefe de alcaldes mayores y corregidores.

Por sus antecedentes, el pueblo entró al *orden colonial*, como cabeza de corregimiento, cuya jurisdicción confinaba con Jacona la Vieja, Mazamitla y Tarecuato. Los naturales prosiguen sus labores agrícolas, mantienen el ritmo tejedor en sus telares, ya para el propio sostenimiento ya para la paga de

tributos. Se perfilaba también la suerte de Jiquilpan. Estratégicamente situado al occidente de la audiencia de México, frontera con la Nueva Galicia, al paso del Camino Real de Colima sin saber, terminó convertido en un centro de gobierno civil; y, por el lado de la Iglesia, en parroquia administrada por religiosos de la Provincia de San Pedro y San Pablo, en el recién creado Obispado de Michoacán.

Se arreglan las jurisdicciones civiles de alcaldías, corregimientos y las religiosas de parroquias. El corregimiento de Jiquilpan comprendía los pueblos de Patamban, Ocumicho, Peribán y Tzaquicho. La cabecera alojaba por temporadas al corregidor en las Casas Reales, cerca del convento, calle de por medio.

Los franciscanos organizan a los de Jiquilpan en los barrios de San Pedro, el Espíritu Santo y Santiago, cada uno bajo el mando de un principal “cabeza de Barrio”. Los hombres O.F.M., aprovechan los recursos a su alcance; enseñan nuevos oficios, mejorando los ya existentes en la región. Asimismo, establecieron los hospitales de la Concepción, instituidos por el fraile Juan de San Miguel. El religioso Alonso de Pineda fundó el de aquí a raíz de la peste grande y general de 1545 que descontó a infinidad de pobladores y pobladoras. Edificado al poniente del convento, en el hospital –con su capilla y mesón anexos–, se curaban los enfermos, se administraban los sacramentos y se daba posada a los migrantes.

En tanto, la hospitalaria comunidad giraba en torno a una serie de ocupaciones habituales: confección de niñas y niños, cultivo de maíz, chile y frijol, tejido de mantas, un mercadeo módico y pago de tributos. Aparte del tributo a la corona, ahora se les descuenta el diezmo para el sostenimiento de la iglesia catedral del obispado. A más de las 365 mantas correspondientes al tributo anual, entregaban el equivalente a 36 y media en otra especie o 22 pesos “en oro común”.

San Francisco Xiquilpa Uanimba aparecía ya con su plaza en el centro, “junto al monasterio”, y tres calles le corrían de oriente a poniente. Las viviendas de los principales o caciques estarían más a la mano; el resto o común del pueblo, poco dispersos hacia las orillas para justificar o ampliar las varas del fundo legal. Diminuta polis a la que se tilda de las “más políticas de aquellas partes”. El corregidor ejercía la suprema autoridad en la jurisdicción, mientras principales, gobernador y alcaldes le hacen segunda en el mando y gobierno de la república india del pueblo. Sus habitantes por la mayor parte

hablan y entienden la lengua mexicana y la sayulteca, “ques la natural”; otros tantos discurrían en tarasco. Quizás por eso persistió más la denominación de origen Jiquilpan y no Huanimban.

Aparte de tratos, contratos y granjerías, la ganadería llegó armando barullo en estas tierras, y con el ganado la necesidad de espacio para éste. Se le dota de estancias cuadradas (tres mil pasos por lado de marca para ganado mayor y dos mil pasos por lado para ganado menor). Para la instalación, los primeros virreyes repartieron tierra a pobladores y parientes de conquistadores, a comunidades y a caciques o principales. Al terminar el año de 1585, gran parte del llano y otro tanto de la ciénaga de Guaracha estaba en manos de media docena de personas (sin incluir huecos, tierras de caciques y comunales de San Francisco Jiquilpan, Santiago Sahuayo, San Miguel Guaracha y San Pedro Caro). Otros más recibieron tierras. Como sea, españoles propietarios, y naturales producen nuevas relaciones y tipos sociales, incluso las uniones plebeyas con vaqueros negros y mulatos. La gente esclava de Guaracha buscaba la libertad de los críos en los vientres de las indias. Por si faltara, la peste de 1576 mató a “grandísima suma de gente por todas partes”. Ésa dejó muy ingrata huella en el pueblo. Los mil vecinos indígenas disminuyeron a casi quedar quinientos cincuenta.

A fines del siglo XVI, los virreyes mercedaron otros sitios de estancia para ganado, suertes y caballerías en la comarca. Pero estas y las anteriores mercedes quedaron, al final, en pocas manos. Fuera de unos cuantos, los más vendieron sus estancias y caballerías pronto, a veces antes de recibir el título. Mediante compras e invasiones, Guaracha llega a tener enormes extensiones de tierra bajo su dominio, estrechando a los pueblos de Jiquilpan, Sahuayo y San Miguel Guaracha o Guarachita, entre otros; el latifundio abarcaba prácticamente la ciénaga de Chapala, la parte alta de Cojumatlán, las orillas de Santiago Tangamandapio y anexas.

Además, invasiones y “agravios” por parte de terratenientes y ganaderos complican la existencia de los indios. Alonso Miguel, Mateo Lucas y Hernando van hasta la ciudad de México a exponer sus quejas al virrey en agosto de 1593; los ganados de Juan Salceda causaban daños en las sementeras. A tal grado la queja, que el virrey comisiona a un funcionario de la audiencia investigara qué animales perjudicaban las sementeras de los naturales de Xiquilpa y, una vez aclarado, se les pagara los daños conforme a

derecho. El encargo incluía, también, averiguar qué estropicios y excesos había cometido Miguel, mulato caporal de Guaracha.

A la par de los grandes repartos, el virrey Gaspar de Zúñiga Conde de Monterrey ordenó la congregación de los pueblos indios. Luis Carrillo de Guzmán recibió comisión en septiembre de 1598 para congrega a los de Jacona, Ixtlán, Pajacuarán, *Xiquilpa*, entre otros. Los de Mazamitla se congregaron en Jiquilpan ese año, asimismo, los de Quitupan en 1604; así lo hicieron, a pesar de la disposición de reunirse en Zapotiltic, “se han ido y congregado en el dicho pueblo de Xiquilpa donde lo están con sus casas, mujeres e hijos quietos y en muy buena comodidad”. El poniente tan familiar seguía presente. Los congregados de Mazamitla y Quitupan volvieron a sus matris lares después –así lo demuestran los padrones de Mazamitla de 1635.

Sin mencionar a jiquilpenses en los tumultos de Uruapan en 1767. La guerra de independendia, guerra en contra de Guaracha y lo suyos. Jefaturada en la comarca por los curas Ignacio Ortiz y Marcos Castellanos. La resistencia insurrecta en Mezcala hace que los simpatizantes del barrio de San Pedro, en la otra banda del río sean obligados a desplazar sus tiliches al centro y a otro barrio del lugar.

Al comienzo de la vida independiente, hacia 1822, ya el ilustrado Lejarza vislumbraba que en la región de Jiquilpan

[...] Hay una masa ambulante de gente o comerciante, o vaga que camina de pueblo en pueblo, ya por sus intereses, ya por sus necesidades, ya porque transiten a tierras vecinas de diversas jurisdicciones, y estas emigraciones que en cierta parte son periódicas, generalmente se observan en toda esta parte [de Michoacán].

Los liberales intentan convertir a los fundadores en pequeños propietarios. En los primeros protocolos del partido de Jiquilpan en 1823, “en el tercer año de la independendia [se enunciaba] el sistema liberal en rigurosa observancia de que es consiguiente la libertad individual de bienes y personas [...] Sin la cortapisa de aquella minoridad decantada que pesaba sobre el indio, y los mantenía esclavos de lo mismo suyo [...]”. En fin, había que “terminar con la minoridad en que los Españoles los tenían constituidos”. Mas el régimen de propiedad comunal y las tradiciones indígenas iban en contra de las intenciones liberales; consideraban necesario crear pequeños propietarios y “ciudadanos libres” que elevaran la economía nacional.

En cambio, los liberales consiguen la multiplicación de peones, artesanos, pequeños mercaderes y otra gente movediza. La traza liberal (acaba con la huerta y parte de la construcción del ex-convento) y casas reales conforma la nueva plaza de comercio sobre los antiguos cementerios del ex-convento y del Hospital. El grupo liberal consigue la elevación de Jiquilpan al rango de ciudad y se le apellida de Juárez en 1891. A la plaza en 1892 las autoridades la bautizaban con el nombre de Colón.

Para no ir tan lejos, hace un siglo, Ramón Sánchez medio observa que:

Entre la clase pobre y media se ven muchos casos, por cierto muy indignos [...] en esta localidad y en el distrito todo, y es el abandono, muchas veces sin causa, de los maridos a sus esposas que las dejan a unas jóvenes todavía y a otras ya en la madurez y con numerosa prole; esos hombres sin afectos se ausentan a México y otros lugares lejanos del país, sin mandarles recursos a sus infortunadas esposas e hijos y ni aun siquiera se informan de su angustiada situación (p. 146).

Pero Sánchez olvidaba la dispareja distribución de la propiedad y la riqueza local; además, el auge de lugares vecinos y distantes, más otros motivos locales, movieron la emigración de muchos jiquilpenses, sobre todo de la medianía. La población lugareña disminuyó 19.8% de 1889 a 1895, y 8.8% de 1895 a 1900. Durante este último se contaron 4 436 habitantes. Unos cuantos empezaron a ir al Norte. Varios hombres salieron en busca de trabajo, mejores salarios y bienestar; a costa de regar sudor y lágrimas en los ferrocarriles, granjas y ranchos de Estados Unidos.

Otros más, empujados por la violencia y la crisis entre 1916 y antes del crac de 1929, se desplazaron más al norte, sobre todo a la región industrial de los Grandes Lagos; en especial a Gary, Indiana. Entre la oleada, se mencionan al artesano Luis Zacarías y José María Pulido, obrajero. El herrero Francisco Gutiérrez quiere sentar cabeza en enero de 1925, pide el suplicativo a E.U.A., donde vivió ocho meses. Algunos anduvieron en los campos petroleros de Tampico y pasaron al Norte, como Felipe González, jornalero del rancho de San Francisco, eso declaraba en 1924.

Cárdenas tienta a más de cuatro con el agrarismo. Tiene puesta en la mira a Guaracha. Se apoya en los habitantes de Totolán. Los de Guaracha no podían objetar la ocupación campesina de éstos pero sí la artesanal de los jiquilpenses. Si bien no se notaba en los treinta y cuarenta, la migración

seguía presente. Los hijos de Jiquilpan emigraban a puestos de gobierno. Se rentaba Jiquilpan durante el sexenio cardenista; cuando Jiquilpan era la segunda capital del país e instituyó la conmemoración y fiesta del 20 de Noviembre.

La corriente aumentó durante el programa bracero. Cárdenas consideró un daño al país esta fuga de brazos, la mejor fuerza de trabajo. Sin embargo, el programa legalmente enroló a miles de laboriosos en los campos del oeste de Estados Unidos. El convenio laboral U.S.A.-México, que empezó en 1942, duró cerca de 20 años. Pero muchos braceros se quedaron allá, abriendo camino a las futuras generaciones (*Los Angeles Times*, junio 19, 1995).

Se decía en la región en 1957 que cuatro de cada diez braceros no regresan (*Guía*, 15-XII-1957). El final de la braceriada dio comienzo a que se fuera la mano de obra calificada. Arreglaron papeles. Otros olvidaron familia, algunos cambiaron creencias y amarraron allá matrimonios por conveniencia. La Iglesia buscó, en vano, a las ovejas descarriadas. El vicario Vicente Girarte levanta un muestreo de migrantes a principios de los sesenta.

La tasa de crecimiento anual de población en el decenio 1960-1970 fue de 1.1%; sin embargo, este decremento fue afectado por los movimientos migratorios. En 1970 había 25 350 personas nacidas en la entidad radicando en el municipio, más 766 personas nacidas en otras entidades o países. Para el mismo año se encontró que el número de inmigrantes fue de 801 personas. De este total el mayor número provino del estado de Jalisco (485) y de Guanajuato, 51. Las carreteras Zamora-La Barca y Guadalajara-Colima vía Zapotlán el Grande le quitó viandantes y chambas en servicios.

La crisis del Milagro Mexicano abrió nuevas sangrías. La muerte del Hombre de Jiquilpan en 1970 se sintió mucho.

Bella Jiquilpan de Juárez,
allá en Michoacán de Ocampo,
las nuevas generaciones,
de Cárdenas, te llamamos.

También llama la atención que, en el decenio de 1980, tres mil 153 jiquilpanenses, casi diez por ciento de la totalidad censada, emigrara a Estados Unidos, Guadalajara y México. Dos lustros después, anda todavía entre

los diez primeros municipios, de los 113 del estado, mandando gente al Norte.

Algunos tiran al jale o escapaban en plan de paseo. Jesús Chávez escribía a su nuera el 9 de mayo de 1977 desde Compton, California. Mortificado, le platicaba que no pudo pasear mucho a un familiar debido a su trabajo en la gran máquina

estaba muy ocupado, porque en esos días trabajaba diario hasta los domingos [...] así está Raúl, también, diciendo que me vaya para Jiquilpan. pero es que no he podido ir. El año pasado me daban tres semanas de vacaciones para ir a México y mejor no fui; a ver si para la semana Santa tengo tiempo de ir para México.

Según las Matrículas Consulares de México en Los Ángeles, en el segundo semestre de 1992, el personal de asuntos comunitarios de la SRE anotó: Residentes mexicanos en el área de Los Ángeles por municipios de origen, Jalisco arrebató (30.9%), secundó Michoacán (13.8%), terció Zacatecas con 10.5%. Conforme a este segundo lugar michoacano, Jiquilpan ocupó el primer sitio en trámites (670), le seguían Zamora (615), Morelia (608), Villamar (453).

A tanto llegó la presencia, y sin olvidar el meneadito social, que las hijas de jiquilpenses en Los Ángeles compiten candidaturas a reina del 20 de Noviembre. En un principio fue la lucha del peso contra el dólar en la feria del Veinte. Ahora la reina de los jiquilpenses en U.S.A., es simplemente embajadora en la patria el día patrio. Por otro lado, el proceso migratorio acerca a vecinos antes distantes a vivir en la cabecera municipal. Sin embargo, el crecimiento y el gusto roto en géneros de los vecindados han tenido mala impresión sobre tejados y empedrados; los primeros se rompen con el peso del concreto y en los segundos el pavimento "hidráulico" no tardó en hacer agua.

A pesar de la lejanía debo terminar diciendo que, la municipalidad de Jiquilpan se localiza en la región noroeste del estado. Limita al este con el municipio de Villamar; al sur, con el de Cotija y el estado de Jalisco; al oeste, con este colindante estado y el municipio del comandante Marcos Castellanos; al norte linda con los municipios de Régules y Sahuayo, y como estos últimos, hoy en día confina con los Estados Unidos.